

LA SANGRE DEL OTRO

Pudiera la vida no ser más que un dormir desengañado...

RENÉ CHAR

A Manuel Jiménez Friaza

I

Extraño lar el mapa fiel del poema,
su auge ficticio,
con ese estilo tan suyo
de gramática abierta como las calles,
de estudiado desdén,
donde se ahorma el magma
que dora las palabras
y su áspero ángel,
al que ha dado vida tu mano.
Sobre el rugiente marfil del folio
iteran: el orden orgánico
y la disciplina estética,
el peso físico de las ideas,
la absurda dignidad,
y, embriagada hasta el engaño
la oscura lealtad del tigre.
Lo único real es lo irreal
y admitir la derrota conseguida.

II

No sé si la vida me lleva o me trae,
ahí se asienta mi duda,
colgada a los signos de interrogación
de algún verbo sin tiempos
sobre el alma misma del sujeto.
En el frágil almacén de sus huesos
un ojalá con futuro,
y con su hambre y su fiebre
la fe pura del hombre.
¿Y si la luz es la sombra
o la abstracción del eco?
¿Y si la muerte fuera la vida
o viceversa? ¿Quién puede penetrar
en los misterios del deseo?
Qué inclemente puede ser el azar,
ni siquiera la realidad es mía.
Lloro para que el mar no muera.
Cuánto dolor acumula
el lado oculto de los sueños
y la memoria del aire.

III

Quien entrevé el vasto predio
de los dioses
escruta el signo y sus adopciones.
¡Cuánta majestad sin sentido!
Lo regio es lo signado
por el fuego de la seducción,
por la quemazón de la duda
o por esa luz que duele o tonifica.
Los espacios del verbo son infinitos:
—en este asunto—
un teorema es país sin dios.
Materia consagrada al olvido.

IV

Ante el papel, no mientas,
no engañes,
ciñe el entorno,
la delación aguardante,
su renuncia,
y préstate a morir de todo.

V

Cada verso es un alfiler
en la flor disecada del tiempo.
La palabra no siempre
es un júbilo de luz
ni noble como el pan.
Cada una tiene su contexto
y su partitura:
algunas dejan afectos y lealtades,
otras odios y desdenes,
las hay que se resisten
a ser nombradas
y otras que pertenecen a los siglos
como el corazón humano
de las campanas.
Más allá de sí mismas,
de su larga razón,
de significar, sin importarles
vergüenza y desabrigo
caen al fondo del hombre
con miedo a morir sin haber vivido.

Entre una palabra y otra está
la del todo insumisa, nacida
para derrotar al olvido, bronca
como un solo de bordón.

VI

El precario ardid, tan íntimo,
tan intencionado,
es un cobijo de palabras
con razones distintas.
Se espera de él
algo más que lo nombrado:
espeluznos, compromiso,
avivar el sílex de la sangre
aunque la sangre mienta,
algún verso escrito con tensión
y otros, con la elíptica
locura de Groucho Marx.
La acumulación,
con todos sus poderes,
debe ser como transitar
una senda de cristales.

VII

Todos los recursos quedan cortos
si no se asume y evalúa las deudas,
toda porfía resulta nula
si no trae una claridad nueva,
todo ingenio nada vale
si al cisne de la libertad no alimenta.
Imaginación y sobriedad:
ortigas que recuerdan,
palabras que nos pierden,
trenes cargados de heridas.